

FRANCESC PERENYA

LA IRREDUCTIBILIDAD DEL TÚ

Xavier ESCRIBANO

Universitat Internacional de Catalunya

xescriba@uic.es

El reconocido filósofo y profesor de la Universitat de Barcelona, Francesc Perenya Blasi, gran conocedor del idealismo alemán y de la fenomenología, admirado y apreciado por muchas personas dentro y fuera del mundo académico, a cuya memoria va dirigido este modesto homenaje, celebraba su cumpleaños el 27 de julio. Ese dato, que puede parecer anecdótico, resulta significativo, puesto que en torno a esa fecha, con periodicidad anual, los miembros del *Grup d'Estudis Fenomenològics* (GEF), —dirigido y animado por Francesc Perenya, en Barcelona, desde hacía más de veinte años— nos reuníamos para celebrar su aniversario en Torroella de Montgrí, una hermosa población ampurdanesa donde nuestro admirado maestro y amigo solía acogernos en su casa familiar, situada en pleno casco antiguo, en la Plaça del Pintor Mascort. En el patio interior de aquella antigua vivienda, a la sombra benéfica de un tilo, nos sentábamos alrededor de una larga mesa para hacer balance del curso recién finalizado y planear las actividades y proyectos del nuevo curso, pero sobre todo para disfrutar de la mutua compañía, en torno al polo magnético que —con su característica pipa siempre medio encendida y su despreocupado atuendo— era Francesc.

En tales encuentros se repetían, casi invariablemente, algunos elementos: al animado rato de conversación bajo el tilo, le seguía una suerte de peregrinación ritual por las callejuelas de la población hasta la Biblioteca Municipal Pere Blasi, donde siempre recalábamos unos minutos. En 2007, se había inaugurado esta biblioteca, que llevaba el nombre del abuelo materno de Francesc, Pere Blasi i Maranges, pedagogo, geógrafo y político catalán, muy vinculado a la población de Torroella, que hubo de exiliarse tras la guerra civil, y de quien Francesc hablaba siempre con gran reconocimiento y orgullo. El ritual paseo se completaba con una simpática conversación con las eficientes bibliotecarias, que conocían muy bien al profesor Perenya, tratándole siempre con gran afecto y consideración, y una foto preceptiva con los miembros del GEF que habíamos acudido al encuentro aquel año en las escaleras interiores del edificio, donde Francesc

posaba como un venerable patriarca, orgulloso de sus retoños fenomenológicos, que lo rodeábamos siempre con una mezcla de ingenua ilusión y buen humor.

Tras el paso por la biblioteca, llegaba la hora de la comida, siempre en algún restaurante cercano, donde proseguía la animada conversación filosófica y finalmente regresábamos a casa de Francesc a tomar el café, protegidos del sol y del calor en el interior de la vivienda. Era el momento musical, puesto que al gran amor que Francesc profesaba a la música correspondíamos nosotros con algún instrumento y alguna pieza preparada para la ocasión. Ése era otro de los elementos estructurales que conformaban invariablemente los encuentros del *Cercle Fenomenològic de Torroella*, como también habíamos bautizado aquel encuentro estival, y que Francesc Perenya, amante de las tradiciones, no permitía obviar en ningún caso y esperaba con gran fruición. Recuerdo que fue en ese contexto cuando le oí mencionar una composición musical que le emocionaba profundamente, se trataba de “La canción de Solveig”, de la pieza de Edvard Grieg para la obra teatral de Henrik Ibsen *Peer Gynt*, una composición profundamente melancólica que habla de amor, separación y esperanza de reencuentro. Nunca tuve el acierto de preguntar a Francesc de dónde procedía su devoción a esa melodía, aunque quizás no sea procedente realizar tales preguntas, sino escuchar una y otra vez esa pieza —como estoy haciendo mientras escribo esta evocación— e intentar imaginar cómo la escucharía él. Comprendo, al menos, que le conmoviera profundamente y lo imagino escuchando atentamente, con una mirada soñadora, una ligera sonrisa de comprensión o quizás de compasión e, indefectiblemente, sosteniendo la pipa en una de sus manos.

La pérdida de una persona querida y admirada, como Francesc Perenya, deja muchas preguntas sin resolver, pequeños o grandes enigmas sobre los que no tenemos la clave, porque no supimos encontrar el momento, o no tuvimos el acierto de preguntar aquello que ahora no sabemos cómo resolver. Gran amante de la literatura, comentó en varias ocasiones su admiración por la obra de Víctor Català (pseudónimo de Caterina Albert), *Solitud*, publicada en 1905, pero ¿era por el dramatismo de la historia, por la energía del impresionante personaje femenino, por el extraordinario dominio de la lengua que demostraba la autora o bien porque la Ermita de Sant Ponç, donde se concentra la trama, era un trasunto de la Ermita de Santa Caterina, encaramada en la Serra del Montgrí, cercana a Torroella? Otras muchas preguntas, que ahora me gustaría formularle, han quedado sin respuesta y en este momento, por ejemplo, no sé si he soñado o si efectivamente le oí a Francesc preguntarse en voz alta *cómo sería el sabor de la última naranja*.

Por fortuna, sin embargo, sí que he podido averiguar algo más acerca de otra de sus preferencias literarias. Me refiero al poeta Màrius Torres, un reconocido poeta catalán fallecido prematuramente en 1942, a quien Francesc siempre se refería con admiración. En efecto, los días 29 y 30 de junio de 2006 se celebraron en la sede del Institut d'Estudis Catalans, lugar de reunión habitual del GEF durante más de veinte años, las “Jornades sobre fonamentació i facticitat en l'idealisme alemany i en la fenomenologia”, organizadas por el profesor de la Universitat de Barcelona, Salvi Turró. En ese contexto, Francesc presentó una ponencia titulada “Fenomenologia i poesia lírica. Una aproximació fenomenològica al poeta Màrius Torres”. En ese texto desvela que Màrius Torres Perenya era, efectivamente, primo hermano de su padre, médico y poeta, muerto de tuberculosis a los 31 años y cuya memoria, en las reuniones y celebraciones de su familia, era una presencia constante.

El poeta Màrius Torres, en una carta al eminente filólogo, traductor y poeta Carles Riba afirma tener “la conciencia de que yo soy esencialmente esa cosa absurda: un poeta lírico”. En el texto dedicado al poeta, en un estilo eminentemente interrogativo, Francesc se pregunta por el significado de ese calificativo de “absurdo” —que él entiende como desvinculación respecto de los afanes y la lógica mundana— y se plantea, cuáles podían ser las similitudes y las diferencias entre un poeta lírico y un fenomenólogo, a partir de la actitud compartida por ambos de una toma de distancia reflexiva respecto a las propias vivencias. No me detendré en la reseña de un texto de gran concisión y agudeza intelectual, que avanza de interrogación en interrogación, intentando deslindar las tareas respectivas de poesía lírica y filosofía fenomenológica respecto a la descripción o el análisis de la experiencia vivida. De los cuatro poemas de Màrius Torres citados en la ponencia de Francesc me referiré simplemente, para acabar, al poema sin título que comienza por el verso “*Si m'haguessis fet néixer gra de blat*” (Si me hubieras hecho nacer grano de trigo). En él se desarrolla la idea de que siendo espiga de trigo o rayo de luz, no se tendría que soportar la carga de la existencia que implica, en el ser humano, el hecho de ser libre y de tener que buscar orientación en la noche, la tarea de encontrar “l'estel del nord / en la nit nostra, viva, però obscura” (la estrella del norte / en la nuestra noche, viva, pero oscura). En un diálogo, que el poeta dirige a Dios, concluye el poema reconociendo que su situación sería extraordinariamente dura si, perdido en esa noche, “*pogués perdre el repòs del teu somriure*” (pudiera perder el reposo de tu sonrisa). Pues bien, me parece que el comentario que realiza Francesc Perenya a estos versos que he citado sucintamente son muy representativos de su actitud como persona, como profesor, como maestro y como inolvidable amigo, una actitud que podríamos

denominar “la irreductibilidad del tú”, y que en los textos que se reúnen en este homenaje se glosa como “capacidad de escucha”, “interés por el otro”, “sentido profundo de la amistad” y otras muchas fórmulas que apuntan a la centralidad del “tú” en la atención filosófica y personal que Francesc dirigía al mundo y a la vida.

Así dice, para concluir, su comentario a ese último verso: «Una sonrisa, no obstante, es siempre la sonrisa de alguien, de otro, de un “tú” aquí y ahora que me otorga ese don. ¿De Dios? ¿O del niño, de la persona amada, del amigo, de familiar aquí y ahora, “en persona”, o quizás en el recuerdo o en la expectación? Sea como sea (...) el indéxico de segunda persona me parece irreductible».

Recibido: 23-11-2025

Aceptado: 01-12-2025